

# Mi mochila y mis abarcas

Por Luis Carlos Rodríguez Lascarro\*

Sacudo mis sueños  
y me los calzo en un par de abarcas que nunca me abandonan:

las cuerdas de mis abarcas son de cuero de vaca vieja, casi siempre, porque es más duro. Algunas veces de chivo.

El cuero de chivo es más suave y fino,  
por eso los tambores de cuero de chivo suenan y se dejan tocar mejor.

Raramente mis abarcas son tejidas en hilo o nylon,  
los mismos materiales con que mamá hace mis mochilas, sin olvidar la tersa lana.

Con lana se hacen las mochilas estrato alto: Abarcas Gourmet, las de los desencartes presidenciales. La suela de mis abarcas es de llanta desahuciada de carro: resistentes y poderosas.

Solamente calzo abarcas con suela de algún tipo de espuma cuando son bordadas:  
las más cachesudas.

Mi mochila, la que mamá bordó con mi nombre a blanco y negro,  
conserva el olor de la ropa guardada en el baúl de mi abuela,  
también el aroma de las flores y los frutos de los jardines interiores de las casas de mis mayores.

Mis abarcas llevan sueños, anhelos, incontables esperanzas,  
bregando protegerles de los ataques abortivos, marcan el compás del himno de la desobediencia, la llave de las puertas secretas de los dioses.

Hay tanto amor, tanto deseo realizado, en estas compañeras mías:

en una tarde de espumas de águila bien fría  
y olas de mar en Santa Marta,  
en salsear toda la sexta con Poncho Sánchez y Palmieri hasta Chipi Chape,  
en un moka o un capuccino, espumosamente fragantes en Filandia o Montenegro,  
en levantarse sobre la agotada cal de las murallas y contemplar  
la danza de arreboles en el crepúsculo sobre la bahía Cartagenera,  
en las hilachas de luz, los besitos de sol que susurran  
canciones de amor a las cayenas y trinitarias de la Plaza de la Paz en la arenosa,  
en las caderas de fuego, las espermas chisporroteantes,  
bailando cumbia o fandango bajo la luna llena decembrina.

Con mis abarcas y mi mochila he enterrado a todos mis muertos:  
en mi mochila guardé todo lo que les he escrito y he cantado.  
¡Todo!

Y mis abarcas, mis abarcas, muchas veces me han mantenido a salvo:  
son mi lápizspada, a veces mi lapiztola,  
lo único que tengo para defenderme y desnudarme, cuando la lengua no me alcanza.

Estas, y mis libros, son las cosas que más amo:  
mis abarcas y mi mochila.

Nunca me siento más yo que cuando me las ciño:  
¡Incluso en bolas! Sobre todo en bolas.

Han vivido conmigo media vida, siempre,  
espero vivan conmigo toda la muerte... ■■■

\* Estudiante de Historia y Patrimonio de la Universidad del Magdalena. E-mail: [lcramirez@unimagdalena.edu.co](mailto:lcramirez@unimagdalena.edu.co).

## Champetesburgo

Luego de una cálida, de una sosegada siesta,  
de sonrientes sueños preñados de danzantes  
arreboles,  
despierta uno con el deseo ferviente de hacerse  
atardecer:  
¡el más bello atardecer de los atardeceres!

Se despereza uno saltando de su hamaca, empi-  
nándose una fría:  
baten las alas los pegasos en su muelle, bosteza  
con uno la virgen en su ciénaga,  
y, extendiendo los brazos, hendiendo el firma-  
mento, desde La Popa hasta El Cabrero,  
de Manga a Marbella, acaricia uno al príncipe  
Benkos insurrecto en Palenque,  
al padre Claver y a la madre Bernarda en su con-  
vento y en su clínica,  
la lengua y eterna melena de Sierva María sobre-  
viviente a sus demonios.

Se emperifolla uno ensayando frente al espejo el  
meneo y las fragancias,  
los afeites y los pulimientos de los negros de Ola-  
ya, sintonizando radio gozambike,  
su despeluque champetú que todo lo troca y  
estremece,  
¡trompadas limpias del Kid y Rocky voceando en  
un lodazal de Bazurto!

Bajando el puente de Chambacú,  
luego de rodear el guayuco de Catalina y comprar  
unas ciruelas en La Matuna,  
se encuentra uno a Raúl, erótico, fuerte, corazón  
de mango, pescando barracudas,  
espantando mariamulatas por la media luna, en-  
tonando en Getsemaní  
las coplas del reino errante de García Usta, el mis-  
mo suyo.

Dejando atrás la plaza de la aduana,  
se mira uno al fondo del baptisterio de la catedral  
de Santa Catalina,  
se ajusta sus zapatos viejos frente a la media man-  
darina del sol, despeñándose,  
deshaciéndose en espumarajos acompasados tras  
las bóvedas, estremeciéndose  
con el rugido de los tambores que llaman al  
bembé.  
Desde el fondo, junto al teatro Heredia.  
Interminables, serpenteantes filas en el San Pa-  
blo... mendicantes  
llavecitas del Pozón o Daniel Lemaitre aguardan-  
do una mísera migaja de salud  
o, en su defecto, el derecho casi inalcanzable de  
una muerte decente.

Entre el bullicio, sobre el retumbar de los picós,  
en el Once,  
Petaca suelta un serpentín que desajusta la  
pata a Blas, El Teso,  
erguido frente a las mismas murallas y los mis-  
mos baluartes  
de la mala suerte de Vernon y que hubiera queri-  
do mandar a Drake  
para también espantarlo de estas tierras saqueadas  
desde siempre y por lo visto para siempre...

Terminando el día, comenzando la noche, atarde-  
ciéndose, se mece uno al compás  
de la champeta y la cumbiamba, en Cartagena de  
Indias,  
La Heroica Champetesburgo, de piratas, alcaldes,  
virreyes y diputados, ¡todos asaltantes! ■■■